

SAN ISIDRO

Juan Hernández Hortigüela

Los que hemos nacido, ya hace muchos años, en los llamados “barrios bajos” de Madrid, no hemos renunciado nunca a su grata memoria, por aquello de la natural y fiel nacencia, y la dignidad de ser madrileño.

*Barrios bajos. Habéis visto
qué fondo de abnegación
late en ellos. Así son
las gentes de este rincón
madrileño. Desprovisto
de maldad su corazón.¹*



SAN ISIDRO REZA, MIENTRAS LOS ÁNGELES LABRAN SU TIERRA

En estos días en que se conmemoran las fiestas del Santo, inevitablemente nos trasladan las mientes a las antiguas praderas isidriles donde, además de disfrutar la verbena, se compraban las rosquillas, tontas o listas, o el socorrido botijo “colorao”, que refrescaba el agua del Lozoya y nos aliviaba de las calores de las noches madrileñas.

¹ *Barrios bajos.* Luis Fernández Ardavín

Recordar los años 50'- 60' del siglo pasado es reconfortante para aquellos que tenemos la edad de "comparar"; este es un privilegio reservado para todos los que no se resignan a perder la memoria, y la utilizan cuando les da la gana y... ¡bendito sea Dios!

En mi barrio, las famosas "Peñuelas, comarcanas al río Manzanares (río de aguas tifoideas, donde aprendimos a nadar muchos madrileños), en sus riberas, es donde se celebraban las verbenas del Santo. En ese paseo, hoy llamado "Paseo fluvial del Manzanares", había una "perrera" municipal, donde los perros callejeros eran gaseados sin piedad, donde sus ladridos se escuchaban a mucha distancia, y "daban más lata que Cascorro"

¿Y ande dices que cae eso?

No lo sé; por ahí abajo,

según vas p'hacia la puerta de Toledo



EL "CACHARRERO" VENDIENDO BOTIJOS A LA PUERTA DE LA IGLESIA DEL SANTO

Pues en esa bendita pradera, se armaban los verbeneros "aparatos" giratorios, más o menos mecánicos, para disfrute de los madrileños; a saber: los caballitos, el tubo de la risa, el carrusel (con balón o sin él), las volanderas cadenas, el látigo, los coches de

choque; y los juegos combativos, como el martillo, el tiro al bote, a los patitos andarines, el “chut” al balón, el pim, pam, pum, etc. etc. No faltaban las visitas a las tómbolas, donde rara vez se tenía la suerte de ganar, y cuando la había, te “tocaba” un plato de loza o un muñeco horroroso. Abundaban los vendedores de “torraos”, almendrucos, melones, sandías, barquillos, sin faltar los churros “calentitos” (atados con los juncos de la ribera del Manzanares) y los buñuelos.



El disfrute de los mayorcitos era el baile “popular”, meneando el esqueleto entre el abundante polvo y la muchedumbre, en cuyos quioscos patrocinadores se despachaba la popular limonada:

*Con agua, vino, y azúcar
y unas rajadas de limón,
se hace el refresco más dulce,
más sano y más español.*

Junto a las riberas del río Manzanares había unas magníficas huertas; recuerdo que una de las celebraciones más habituales de los madrileños, durante su visita a la pradera, era llevar la merienda que, familias, vecinos y amigos, consumían con gran alegría. Se aprovechaba la cercanía de las huertas para comprar allí las esplendorosas lechugas y los sabrosos tomates, que se hermanaban para componer la típica ensalada que completaba y amenizaba las viandas; todo ello, claro está, regado con un abundante vino

Valdepeñas en bota, peleón compañero del madrileño de pro, que no le abandonó hasta que las leyes le obligaron a encerrarse en la botella con denominación de origen; ¡como si no supieran los madrileños donde nació ese vino...!

Valdepeñas debe un serio homenaje a Madrid, donde se veneraba su vino, a raudales, en sus antiguas tabernas,

*Es Madrid ciudad bravía,
que entre antiguas y modernas
tiene 300 tabernas
y una sola librería*

Pero no todo era verbena. El 15 de mayo, los madrileños acostumbraban a visitar al Santo y beber su *agua milagrosa* que mana de la fuente que existe, todavía, en el jardín de la ermita. La asistencia a la procesión, desde su iglesia de la calle de Toledo, era muy concurrida.



Los madrileños se divertían ese día con pocas cosas. Los años 60'

transcurrían expectantes, cuando España comenzaba a salir del atolladero económico y social, que había provocado la guerra civil, y se encaminaba hacia el llamado (por nuestros amigos y enemigos) “milagro español”, que vendría a continuación. Digo yo que, San Isidro, nos echó una mano en esos difíciles años... Hoy, el Santo, debe estar muy solo, y seguramente echará de menos a muchos de nosotros, que ya nos hicimos muy modernos cuando desapareció la pradera, se cerró la “perrera”, se civilizó el Manzanares, y desaparecieron los “chatos” de Valdepeñas en las tabernas madrileñas.

¡Qué vida esta, don Gervasio!

¡Todavía nos queda el bueno de San Isidro,... y el Real Madrid, oiga usted!

Madrid, homenaje al Santo madrileño, a 15 de mayo de 2022